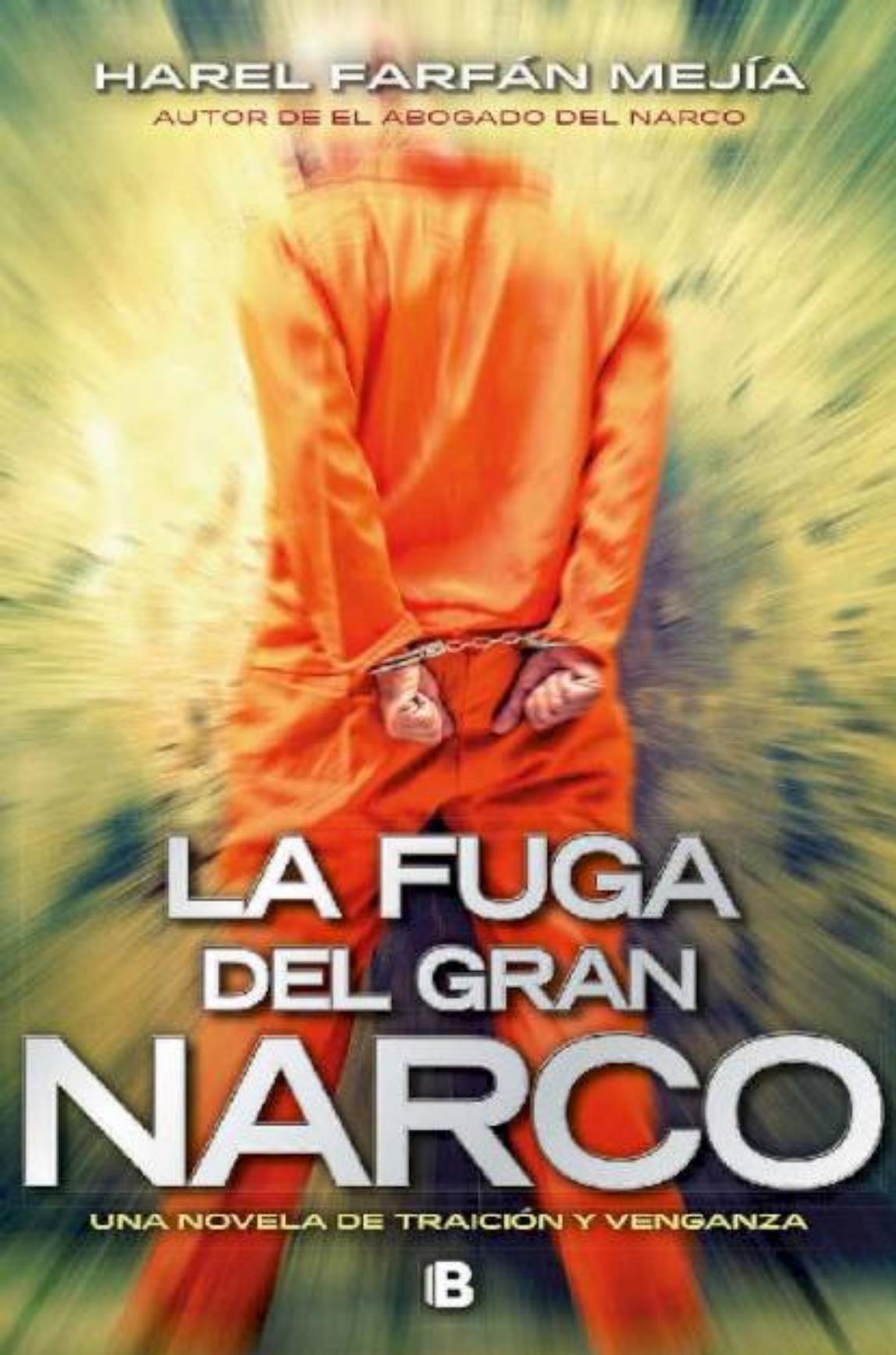


**HAREL FARFÁN MEJÍA**

AUTOR DE EL ABOGADO DEL NARCO



**LA FUGA  
DEL GRAN**

**NARCO**

UNA NOVELA DE TRAICIÓN Y VENGANZA

**B**

# LA FUGA DEL GRAN NARCO

**B**

**HAREL FARFÁN MEJÍA**

**LA FUGA  
DEL GRAN  
NARCO**



MÉXICO - BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS  
MADRID - MONTEVIDEO - MIAMI - SANTIAGO DE CHILE

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

**ADVERTENCIA**

Aunque en esta historia se usan nombres reales, todo es una invención del autor.

A mi hermano Enrique Farfán Mejía por cada segundo que  
estás a mi lado y por todo el apoyo que me has dado a lo  
largo de mi vida. Para ti, Carnal...

## **AGRADECIMIENTOS**

A mi madre Catalina Mejía Mancera, mi sobrina Minerva de María Farfán Alcántara y mi cuñada Teresa Alcántara Ortiz.

A mis amigos y a cada uno de ustedes que amablemente me leen.

**GRANADA, ESPAÑA. 15 DE AGOSTO DEL 2000**

8:05 h

Finalmente, la llamada telefónica que lo haría volver a México despertó a López Lorenzana esa mañana de otoño. Sin abrir los ojos, respiró profundamente y sintió la brisa proveniente de Sierra Nevada descendiendo hasta sus pulmones.

Sin aliento, dejó que la saliva refrescara su garganta antes de sujetar con su mano el aparato que no paraba de vibrar.

—Diga —atento a la solicitud de Valente Zaqueda, Lorenzana escuchó a lo largo de diez minutos los ambiciosos retos del futuro presidente de México quien, a lo largo de su campaña, se ufanó de poder solucionar cada uno de los problemas del país en cuestión de minutos—. ¿Y para qué me necesita si todo lo tiene controlado, señor presidente? —a pesar de escuchar una ola de argumentos engraidos que no lo convencieron, el abogado prolongó la llamada más de lo acostumbrado y el sudor apareció en su frente—. Deme un par de días y le hago saber mi respuesta. Sigo delicado de salud y necesito hablar con mi doctor para no quedarle mal.

Sin argumento que agregar, Valente se despidió de manera breve y cortó la comunicación, mostrando cierta molestia en su voz. Él esperaba que el ex consejero presidencial aceptara su oferta, consciente de que era un boleto de primera clase para regresar a México y vengarse de quienes lo habían traicionado.

Al mirar en el reloj de su muñeca —eran las once menos diez—, Lorenzana hizo a un lado el edredón y bajó los pies

en busca de las pantuflas. Su respiración se escuchaba entrecortada y el golpeteo de sus manos, sacudiéndose el sudor encima del buró, hizo más notorio el arrastre de sus dedos al tomar las lentes.

Caminó con cierto desequilibrio, entró al baño, giró la llave de la regadera y comenzó a desvestirse. Al verse desnudo en el espejo, su mirada se postró en el par de cicatrices sembradas entre el hombro y el costado izquierdo del pecho. Con rencor, pasó la yema de los dedos sobre la erosionada piel, mientras recordaba la cara de Refugio sosteniendo la 9 mm.

Al sentir una ligera punzada en donde el par de balas se habían albergado, se auxilió del toallero para no caer. Quieto, sostuvo la postura hasta que el vapor producido por el agua caliente lo cubrió en su totalidad; en ese momento el abogado sonrió al recordar los ojos de Caño surgiendo de la parte trasera del avión. En minutos, el guardaespaldas obligó a los pilotos a trasladarlo a Houston, donde los doctores del Methodist Hospital le salvaron la vida.

Agradecido, Lorenzana graduó la temperatura del agua y se reconfortó cuando las cálidas gotas recorrieron su piel. Al cerrar los ojos trató de encontrar una respuesta a la solicitud del recién elegido presidente de México. No lo consiguió. El teléfono fijo empezó a sonar y se vio en la odiosa necesidad de tener que salir a contestarlo.

Sujetando la toalla alrededor de su cintura, caminó lo más rápido que su respiración le permitió hasta llegar a la mesa de centro en donde reposaba el antiguo aparato

—Diga.

—Buen día, licenciado.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames licenciado, Manuel? —reprendió a su guardaespaldas y amigo, al escuchar su voz.

—Lo siento, pero es la costumbre.

—Pues a la mierda la costumbre, ¿vale? —relajando el tono, el abogado se acomodó la toalla que resbalaba y aprovechó para tomarse una de las doce pastillas que metódicamente emplearía el resto de su vida.

—¡Vale, vale! Procuraré que no se me olvide, Pepe.

—Eso espero y, cambiando de tema, necesito hablar contigo.

—Tú dirás.

—Por teléfono no, te veo en una hora y media en La Fábula.

Al concluir la llamada, el abogado retornó al baño en donde se lavó el cabello antes de cerrar la llave de la regadera y entrar al vestidor.

En silencio se amarró los zapatos de ante café, para darle oportunidad al pantalón de mezclilla azul claro de respirar y revisó que en la camisa rosa no habitara arruga alguna. Sin motivo, sonrió al tiempo que avanzaba hasta el ropero donde seleccionó un jersey azul, de sus preferidos. Esparciendo como brisa de mar una abundante porción de Zegna sobre su rostro, se dio un par de palmadas en las mejillas antes de tomar del buró su cartera Mont Blanc.

A pesar de contar con un Ferrari 250 GTO de color rojo, un Lamborghini Veneno azul metálico y la más reciente Land-Rover Holland & Holland en su garaje, Lorenzana abandonó su lujoso chalet ubicado a las faldas de la Alhambra para dirigirse caminando a la calle de San Antón, donde se ubicaba el restaurante ganador de una estrella Michelin.

CIUDAD DE MÉXICO. MÉXICO. 15 DE AGOSTO DEL 2000

1:30 h

Al ver a Valente dejar caer el auricular sobre el aparato, Miriam se apresuró a servirle una copa de tequila, previo a hablar con él, y enterarse de la respuesta de José Ángel López Lorenzana.

Ella esperaba tener en él a un futuro aliado, y por ese motivo le sugirió, al ahora recién electo presidente de México, que lo buscara.

—Aquí tienes, Valente.

Al colocar el caballito en la mesa de centro, la mujer, que desempeñaba el puesto de coordinadora de comunicación del equipo de transición, se colocó frente a él.

—¿Y qué buenas nuevas tenemos desde España? —con cautela, el hombre que prefería usar botas y sombrero texano levantó el caballito y se lo llevó a la boca.

A diferencia de su primera esposa, con la que había sostenido un constante diálogo, con su amante pasaba todo lo contrario: prefería callar a pesar de que sentía una gran rabia por la actitud del abogado. Valente no podía aceptar que un exiliado lo tratara con esa soberbia. De no ser por Miriam, él jamás lo hubiera contactado para invitarlo a trabajar en su gobierno.

—Tu amigo lo está pensando —respondió finalmente, después de sentir como la bebida bajaba lentamente por su garganta—. Al parecer tiene mejores cosas que hacer.

—¡No digas eso, Valente! Seguro que hay algo más.

—Que me haya dicho, no.

—Pepe es muy discreto y eso muchas veces se malentiende —sin querer entrar en un debate, Miriam argumentó—: No olvides que él ha sido consejero de cinco presidentes.

—¡Bueno, ya nos enteraremos ahora que me dé su respuesta! —exclamó incómodo Valente Zaqueda al sentir que su amante se ponía del lado del abogado.

Astuta, como siempre había sido, al darse cuenta de la actitud del futuro presidente cambió el tema de la plática y le comentó sobre la serie de obsequios que habían llegado desde que recibió su constancia como ganador de las elecciones. Con maldad resaltó que muchos eran de sus detractores, quienes seguramente se alineaban en busca de conseguir un hueso que les permitiera seguir amasando fortuna.

—Francisco Videgaray me habló ayer para preguntarme si habías recibido su regalo.

—¿Qué me mandó?

—Un Rolex, presidente.

—Mmm...

—¿Te parece mal?

—Me parece poco de mi futuro secretario de Hacienda —al escuchar la reveladora noticia, la coordinadora del equipo de transición se llevó la mano a la cabeza y disimuló arreglarse el pelo para no mostrar su enojo.

—¿Entonces borro de la lista a Carlos?

—¿Castro?

—Sí. Ya ves que él ha sido un colaborador cercano y...

—Para el cargo de secretario de Hacienda sí bórralo. Ese puesto lo designó la gente del grupo.

—Querrás decir Nassali —lo corrigió Miriam con cierta agudeza.

—Pero quizás podríamos contemplar a Castro para Agricultura.

—Por lo visto ya tienes una lista del futuro gabinete, la cual desconozco —enojada, afirmó—. Así que mejor me ocupo de algunos pendientes.

Vencido por su afecto, Zaqueda le pidió que se sentara mientras él le comentaba los nombres de quienes trabajarían a su lado. No era lo que hubiera preferido, pero no pensaba pasar una noche lejos de ella.

—Sánchez va a Gobernación, Clemente Vázquez a la Defensa...

—Muy buena elección, el general es muy confiable.

—Pérez González a la de Marina, Carbajal Manero a Seguridad Pública.

Al sentir la garganta reseca, el futuro presidente hizo una pausa y bebió un poco de agua

—Como ya mencioné, Videgaray Díaz a Hacienda, Alina a Desarrollo Social —continuó.

Al escuchar el nombre de la exdiputada, Miriam no pudo contenerse más al saberse vencida y salió de la oficina para dirigirse a su despacho, donde ya la aguardaba el coctel de antidepresivos que la acompañaría los siguientes seis años.

**GRANADA, ESPAÑA. 15 AGOSTO DEL 2000**

11:30 h

En cuanto puso un pie en la acera, Lorenzana transitó a orillas de la carretera de Murcia sabiendo que en cincuenta metros doblaría a la izquierda. Cabía la posibilidad de que ése fuera uno de sus últimos paseos por la bella ciudad que lo había acogido y trató de no perder detalle de todo lo que lo rodeaba.

Al ir distraído, el abogado se encontró frente al mirador de San Cristóbal, por lo que tuvo que desandar algunos metros para retomar su viaje. Avanzó por las estrechas callejuelas de la calle Pages y recorrió dos kilómetros para llegar a la plaza Salvador, donde hizo una pausa para secarse el sudor con su pañuelo de seda. La ciudad sufría un sofocante calor de treinta grados que obligaba a los granadinos a recluirse en los negocios que había al paso.

Aprovechando la cuesta, López Lorenzana aumentó el ritmo, huyendo literalmente de los rayos solares que lo acosaban. Fue hasta que se encontró a un costado de la Alhambra cuando se arrepintió de no haber realizado el viaje en auto.

Valoró entonces las palabras de Angelino, su doctor, cuando le recomendó en más de una ocasión recuperarse al cien por ciento antes de embarcarse en una actividad física.

—¿Lo puedo ayudar? —al verlo parado frente a la estatua de los Reyes Católicos, un joven policía se acercó a él.

Agradecido por la atención del motociclista de llevarlo a su destino, Lorenzana abordó la Yamaha XJ6 SAP que lo trasladó hasta el hotel Villa Oniria, donde ya lo aguardaba Manuel Caño. En cuanto se quitó el casco se encontró con la mirada del único hombre en quien confiaba, que estaba de pie en la entrada de un hermoso edificio de arquitectura colonial.

—Mi querido Manuel —mientras le daba un corto abrazo a la altura de los hombros, el abogado saludó a su amigo—. Disculpa por la tardanza, pero ya estoy aquí.

—No te disculpes, Pepe, prácticamente yo también acabo de llegar. Lo que en realidad me tiene preocupado es verte llegar en una motocicleta de la policía. ¿Todo está bien?

—Sí, todo bien. Sólo necesitaba espacio y tiempo para aclarar algunas ideas.

—¡A eso me refiero! Nada bueno ha de ser lo que vas a contarme para verte con el ceño fruncido y la mirada endurecida. Me haces recordar viejos días que intento olvidar —sin justificar los cambios físicos que empezaba a sufrir, el abogado lo tomó del brazo y lo conminó a entrar en el lugar.

Prefería la intimidad de la terraza acompañado con un tinto a estar parado a un par de metros de la recepción del hotel que aloja a La Fábula.

—Buenas tardes, don José Ángel. Qué gusto tenerlo aquí en su casa —lo saludó Norberto Iglesias al recibirlos—. Ya tenemos lista su mesa de siempre.

Avanzando al ritmo de los comensales, el encargado de la sala hizo el tiempo necesario hasta llegar a una de las mesas de la terraza, justo a un costado de la fuente rectangular y del lado contrario a la enorme palmera que se ubica en el centro.